

La hostia padre desde lo alto de la columna.

Fernando Castro Flórez.

“Gracias a Dios, todavía soy ateo” (Luis Buñuel).

Estilitas ebrios de Dios.

Ese santo para el que la tierra nunca es suficiente se transforma en *estilita*, trepa a lo alto de una columna y se ofrece, en una experiencia ascética, a una dimensión ascendente sobrepasa cualquier entendimiento, su desafuero funciona como un *espejo* del comportamiento artístico. Recordemos la desmesura de San Simeón Estilita el Viejo que, después, de abandonar un monasterio cerca de Antioquia residió en una pequeña plataforma en lo alto de un pilar de piedra, para más adelante abandonar esa estructura e ir viviendo en pilares cada vez más alto, el último de los cuales, del que no se bajó en los treinta años finales de su vida, se cuenta que medía más de dieciocho metros. En la prodigiosa película de Buñuel *Simón del desierto*, el anacoreta está en lo alto de la columna, agitándose como si fuera la llama de una vela y sus defecaciones chorreando la cera que se derrite, soportando la inclemencia del desierto, predicando casi sin esperanza. El desierto es el lugar de la tentación, allí fue llevado Jesús por el diablo que, después de cuarenta días de ayuno, cuando por fin tuvo hambre, le pidió como prueba de su poder que convirtiera las piedras en pan. En ese espacio infinito de dunas cambiantes, aparece un oráculo tremendo: “Como huracán del Negueb desencadenado, viene del desierto, de la tierra espantosa. Me ha sido mostrada una dura visión: saqueadores saqueando, asoladores asolando” (Isaías, 21,1,2). Algunos artistas conocen esa maldición nihilista, aquella que escuchan los que tienen un *desierto dentro de sí*, aquellos que no se guían por los espejismos, sino que arriesgan todo y se localizan en la *rareza*, como en esa columna que podría convertir al estilita en algo semejante aun anarquista o, por emplear otros términos, un anti-social. Lo que impulso este delirio es la voluntad de conseguir la *perfección*, por eso el estilita en medio de sus padecimientos está tranquilo, haciendo de su *soledad un lujo*. El anómalo don de la *despreocupación*, unido a la conciencia de que la frivolidad puede llegar a trastornarnos en esta extraña “religiosidad” en la que la masturbación continuada puede conducir a Dios; es normal que en el abandono extremo la aspiración a la perfección pueda derivar en la abyección de sí: lo *escatológico* refuerza su ambivalencia (teoría de las ultimidades y estudio de los residuos). Recordemos cómo Artaud, en *La búsqueda de la fecalidad*, yuxtapone la renegación del bautismo con el escupitajo sobre Cristo, el desprecio del “signo obscuro y catastrófico de la cruz” pero, sobre todo, con la afirmación de que Dios no es otra cosa que una mierda, aunque también tenemos que tener cuenta que nosotros encarnamos esta tremenda suciedad. “Todo lo que huele –escribe Antonin Artaud- a mierda/ huele a ser,/ el hombre bien hubiera podido no cagar,/ pero eligió cagar/ del mismo modo en que debió elegir la vida/ en vez de consentir en vivir muerto”.

Las proezas del freak.

En noviembre de 1991 terminó la *proeza* de Gerard d'Aboville: había conseguido atravesar el océano Pacífico en una canoa a remo de ocho metros de largo a la que llamó "Sector sin límites". A su llegada declaró: "Lo que he hecho no sirve para nada pero lo he logrado... ahora viene el vacío, no sé ya qué hacer con esta vida que me he ganado". "Su *performance* no fue –escribe Paul Virilio- realmente deportiva, pues no se trataba de una competencia ni de batir algún récord; no se habría tratado entonces más que de un juego en estado puro, una apuesta, escribió antes de su partida en una especie de testamento. Pero una apuesta en la que apostaba su propia vida, la *salvación de su cuerpo*, al precio de múltiples sufrimientos y de largos días de terror, una especie de moderno alejamiento eremítico, tan inexplicable como aquel de los ancianos estilistas que apostando por la *salvación de sus almas*, se instalaban entre la Tierra y el cielo, en la cumbre de cualquier columna o pórtico de un templo en ruinas, desde donde contemplaban la agonía de un mundo antiguo en descomposición". *Desengañémonos: las proezas son, hoy en día, estructuralmente ridículas*; todo entra a formar parte del *culto al record*, poco importa que sea comiendo albóndigas, poniéndose pinzas en la cara o caminando cabeza abajo. Repito: el *freak* apuntala la cultura del espectáculo, el monstruo es, de pronto, canónico. Tengo claro que lo principal es desmontar las dos tradiciones del performance: la que aspira a la santidad (flageladora, orientalizante, chamánica) y la que se entrega al culturismo (atlética, gimnástica, coreográfica). Los modelos de la pureza o de la sublimidad tenían que ser triturados por un *sarcasmo descomunal*: nuestro propósito era hacer el mayor de los ridículos. Muchas veces evitamos eso o sentimos lo que suele llamarse "vergüenza ajena" y, sin embargo, lo que tenemos que hacer es, en expresión castiza, pasarnos por el arco del triunfo el miedo a hacer el tonto. A fin de cuentas, sólo en la *idiotez* aparece la singularidad. *Todo el mundo quiere sobrepasar un límite*. La cosa parece fácil: subir a escena y hacer lo que se sabe, aunque eso sea nada. Tenemos una manifiesta incapacidad para la magia¹. No me entretendré ahora pensando en *puntos negros*².

¹ "Benjamin dijo una vez que la primera experiencia que el niño tiene del mundo no es que "los adultos sean más fuertes, sino su incapacidad para la magia. [...] Es probable, de hecho, que la invencible tristeza en la que se precipitan a veces los niños surja precisamente de esa conciencia de no ser capaces para la magia. Aquello que podemos alcanzar a través de nuestros méritos y de nuestras fatigas no puede, en efecto, hacernos verdaderamente felices" (Giorgio Agamben: *Profanaciones*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2005, p. 23).

² "Hace poco hablé del botón. Este botón debe tener algo que ver con la manera en que se llama un órgano. El clítoris, para normarlo, es en este asunto algo así como un punto negro. Digo punto negro, metafórico o no. El asunto tiene por otra parte algunos ecos en el comportamiento, que no se advierte bastante, de lo que se llama *una* mujer. Resulta muy curioso que justamente *una* mujer se interese tanto en los puntos negros. Lo primero que le hace a su muchacho es sacarle los puntos negros. Es una metáfora de lo que ocurre con su propio punto negro, que ella no querría que ocupe tanto lugar. Seguimos con el botón de hace un rato, el del guante dado la vuelta. Sin embargo, no hay que confundir las cosas. De tiempo en tiempo, hay mujeres que deben proceder al despioje, como las monas. Pero no es en absoluto lo mismo aplastar un insecto que extraer un punto negro. Debemos seguir dando vueltas. La imaginación de ser el redentor, por lo menos en nuestra tradición, es el prototipo de la *pere-versión*" (Jacques Lacan: *El Seminario 23. El sinthome*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 82).

En lo alto de la columna.

La práctica anacorética tiene ribetes extravagantes o incluso espectaculares en el caso de Simeón el estilita³ que en desierto sirio predicó desde una columna de sesenta pies de altura. Jacques Goimard lo ha presentado como un auténtico atleta del ascetismo, preocupado por el más difícil todavía en esa especie de *ring* entre cuyas cuerdas libra sus batallas con las tentaciones. El anacoreta genera en torno a sí incluso una industria hotelera⁴. Simón cambia, a los seis años, seis meses y seis días, de una columna a otra más alta; toca tierra y se aproxima su madre para separarse de nuevo. Agustín Sánchez Vidal ha señalado que Buñuel no pudo filmar, por problemas presupuestarios, algunas escenas de *Simón del Desierto*, siendo especialmente importante una crisis de fe que tenía la forma de una *violenta tempestad*⁵. Lo que si pudo ser filmado es la transformación del monje Trifón en un vociferante que duda de las virtudes anacoréticas de Simón. La canasta que sirve para elevar hasta lo alto de la columna escasos víveres resulta que está llena de manjares. Todo podría ser un fraude. Entonces, incontinentemente, la boca del religioso genera una escena teológico-hilarante: “¡Abajo la Sagrada Hipóstasis!” grita Trifón como un poseso a lo que el abad Zenón replica fulminantemente “¡Viva la Sagrada Hipóstasis!”. “¡Viiiva!”, añaden en su apoyo, en cerrada formación, los demás monjes. “¡Muera la Anástasis!”, reincide Trifón. “¡Viva!” le contestan, mientras un monje que va por libre aprovecha para añadir: “¡Viva Nestorio Papa!”. “¡Viva la Apocatástasis!”, vuelve a la carga Trifón. “¡Muera!”, gritan los monjes instintivamente, mientras uno pregunta a otro en un aparte: “¿Qué es eso de la Apocatástasis? Ese diablo sabe más de Teología que nosotros”. Cuando Trifón vocifera, finalmente, un sonoro “¡Muera Jesucristo!”. Los monjes están ya tan confusos en materia de *vivas y mueras* que parte de ellos replica “¡Muera!”, corrigiendo inmediatamente su error ante la severa mirada de su superior y gritando a

³ “Entre las gentes las proezas espectaculares de los anacoretas individuales continuaron suscitando sentimientos de veneración y asombro. Algunas de las manifestaciones más vehementes y extravagantes del espíritu ascético aparecieron en el siglo V entre los anacoretas de Siria, que habitaron el desierto de la región de Antioquia y de Calcis. Fue aquí donde la extraña figura de san Simeón el Estilita personificó la forma más dramática de apartamiento del mundo. San Simeón fijó su morada en la cima de una columna, donde permaneció expuesto al sol y a la intemperie durante cuarenta y siete años. Causó mucha admiración en el mundo eclesiástico de su tiempo y contó incluso con algunos seguidores, pero su extraña proeza no tiene valor para la historia de la tradición monacal” (C.H. Lawrence: *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*, Ed. Gredos, Madrid, 1999, pp. 22-23).

⁴ “En el siglo II –advierte Arnold J. Toynbee–, la gente se burlaba aún de las tendencias ascéticas de los cristianos. Pero dos siglos más tarde, los anacoretas del desierto se habían convertido en verdaderas *estrellas* cuyos nombres eran tan célebres como los de las grandes cortesanas y los campeones de las carreras de carros. En Siria, Simeón el Estilita y sus émulos, que permanecieron encaramados durante años en sus columnas, atraían una multitud de peregrinos y suscitaban toda una industria hotelera”.

⁵ “Se trataba de una violenta tempestad que obligaba a Simón a agarrarse con fuerza al capitel de su columna. Una voz cavernosa gritaba apocalípticas blasfemias: “La hiena tiñosa... en el vientre de la hija de perra... La Santa Hostia... El copón... Dios y su Santa Madre...” Una custodia aparecía brincando convulsivamente, “como si cabalgara a lomos de un animal salvaje”; un puñal sostenido por una mano velluda atravesaba un pan; y una cruz en llamas, “crepitando horriblemente”, caía por tierra con estrépito” (Agustín Sánchez Vidal: *Luis Buñuel*, Ed. Cátedra, Madrid, 1999, p. 248).

coro “¡Viva!”. Escena de confusión, mutilada y, en sí misma, desconcertante, entre una tormenta no filmada y una comunión que también brilla por su ausencia⁶. Domingo Sánchez Blanco utiliza ese diálogo paradójico para los “quitamiedos” del tobogán de su proyecto de homenaje a Buñuel que consiste, sencilla y lúcidamente, en una reproducción exacta en granito de las dos columnas, añadiendo a la más pequeña de ellas un tobogán. Esa pieza es un *site-specific-project* de Domingo Sánchez Blanco en el proyecto de Arte Público de Alcobendas. El emplazamiento de las columnas es un pequeño terreno ajardinado situado junto al colegio de enseñanza primaria Luis Buñuel. Lejos del arte abstracto-minimalista-críptico aquí se trataba de añadir a un *lugar anodino* una operación narrativa y metafórica. Sorprendentemente, la frase de marras ha sido el detonante de una larga polémica con los gestores políticos del proyectos que, unilateralmente, cancelaron la inauguración de la obra y su conclusión alegando “razones técnicas” cuando en realidad se trataba de una censura o, por lo menos, una manifiesta incompreensión del sentido de la obra. No se trataba, en ningún caso, de una intervención blasfema o de una provocación sino de una apelación a un exorcismo que refleja el estado de confusión del mundo en el que habitualmente no se sabe lo que se dice. Consultados teólogos y especialistas en historia de las religiones no encontraron ningún problema en la retórica buñuelesca aunque el Defensor del Menor, consultado a instancias del Ayuntamiento de Alcobendas, elaboró un dictamen en el que sugería que no era una obra “oportuna” al estar en el área de un colegio infantil. Domingo Sánchez Blanco nunca pensó en hacer una obra para los niños ni esa pieza es, meramente, un tobogán. Se trata de una *intervención pública* que tan sólo puede herir la sensibilidad de aquellos que convierten sus prejuicios en normas morales absolutas. En cualquier caso, el verano entero del año 2007, lleno de silencios burocráticos, nos sirvió para meditar radicalmente sobre la pieza y comprobar que era de la máxima *actualidad*. La anástasis como la verdad vertical, supone ponerse en pie en nombre del otro⁷. Antes de que se produzca la apocatástasis o la definitiva mineralización del imaginario decidimos plantear una “solución dialogada” con la nueva corporación del Ayuntamiento de Alcobendas, dado que en todo ese periodo de tiempo se había producido la derrota del

⁶ “Esta escena, a pesar de su inconfundible humor, pierde parte de su sentido al no haber podido rodar Buñuel la continuación, y la ya citada secuencia de la tormenta con blasfemias. En el guion que desarrolla íntegramente la historia, esta visita a los monjes tenía por objeto dar la comunión a Simón, y el sordo Anatolius tendía a su compañero Callinicus las Sagradas Especies para que subiese a lo alto de la columna a ponerlas a disposición del anacoreta” (Agustín Sánchez Vidal: *Luis Buñuel*, Ed. Cátedra, Madrid, 1999, p. 249).

⁷ “En el episodio de Lázaro, el muerto sale de la tumba liado en sus bandas de tela y envuelto en el sudario: no es una escena de un film fantástico, es una parábola de la posición erguida que se levanta en el seno de la muerte. No es una erección –ni en el sentido fálico ni en el sentido monumental, aunque esos dos sentidos podrían ser retomados y trabajados en este contexto- sino un tenerse-en-pie delante de y en la muerte. Algo consueña aquí con el heroísmo trágico del “morir de pie”, igual que con la vida que se mantiene en la muerte del espíritu hegeliano. La diferencia que se introduce sin embargo –una diferencia muy tenue, difícil de precisar- se debe a que la *anastasis* no es o no proviene de sí, del sujeto propio sino del otro: le viene del otro, o bien depende del otro en él; o también, es en él el levantamiento del otro. Es el otro el que se levanta y quien resucita en mí muerto. E el otro quien resucita por mí, más que el que me resucita” (Jean-Luc Nancy: *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*, Ed. Trotta, Madrid, 2006, pp. 32-33).

PSOE que llevaba gobernando esa ciudad desde la Transición. Afortunadamente encontramos en la nueva concejala de cultura una actitud respetuosa y pragmática. Si hemos aceptado renunciar a las turbulentas frases que se cruzan entre los monjes al pie de la columna de Simón es para mostrar que el fetichismo no es precisamente la pulsión que nos domina. Barajamos una serie de fragmentos del guión y de la película que tenían algo de comentarios a pie de página de todo el *caso*: “¿orgullosa de mi libertad o de mi esclavitud, madre?”, “Desgraciado Simón, pon fin a tus locuras”, “En mi reino, Simón, ni son todos los que están ni están todos los que son?”, “La verdad es que a mi edad no estoy para estas escaladas”, “A mi es que la gota me impide doblar las rodillas”, “Alguien tiene que subir. Hemos venido para dar a Simón la Santa Eucaristía”, “Predicar con el ejemplo” o “La llama del hogar... Un poco de sopa caliente... No, no quiero”. Podríamos haber dejado, escuetamente, las palabras Anástasis, Hipóstasis y Apocatástasis pero eso sería, en verdad, mantener mutilado el proyecto original. Hemos preferido poner una frase que común que no tiene forma parte de la película y una apostilla que es un elemento del guión, quedando el texto del tobogán de la siguiente forma: “Baja de ahí chaval que te vas a caer/ Con el permiso de vuestra reverencia, renuncio. La altura me produce un vértigo horrible”. Los infantes se tienen que deslizar con cuidado y los ancianos devotos no tienen la fuerza ni el valor para encaramarse a lo alto de la columna. En esa situación antagónica es donde la pieza de Domingo se *cimienta*. Conviene recordar que *Simón del Desierto* es una película truncada, de la misma forma que el homenaje a Buñuel de Domingo Sánchez Blanco es un proyecto censurado. Lo que el cineasta aragonés realiza es un cuestionamiento del oficio del santo. Simón que está acantonado en la columna, un símbolo fálico; Kyoru ha hablado de una auténtica “masturbación de la santidad”⁸. El gesto de “hacer un reto” o de “retirarse” es el indicio universal de la tendencia que opone, a la necesaria docilidad o a la complacencia de las instituciones ligadas al Estado, el *recorte de un lugar*. Domingo Sánchez, sin ningún género de dudas, está también obsesivamente atento a las condiciones del emplazamiento. La “locura de Cristo” presente en la mística continua, de forma perversa, en algunos artistas contemporáneos. Personajes como Marcos el loco, en la ciudad de Alejandría, Simeón de Emesa en Siria, ambos del siglo VI, revelan un punto de abyección, la nada que se vuelve desperdicio. “Tal vez el *sym-bolos* es ficción productora de unión, ella es entonces *dia-bolos*, disuasión de lo simbólico como innombrable de la cosa”⁹. Cuando el cemento al que se ancla la columna de Domingo Sánchez Blanco estaba fraguando, sin que nadie le viera, introdujo una botella con un extraño mensaje: ropa interior femenina. Tal vez aludía a un strip-tease diabólico. Había recogido las sensuales telas que estaban en contacto con la piel tentadora. Eso quedaría, para siempre allí abajo, en la tierra oscura, completamente oculto. Los niños se arrojarán por el tobogán ajenos a la polémica de las frases, a las interpretaciones interesadas o puramente ignorantes, a la obstinación del artista o la incapacidad para mediar del curator. Los políticos se vieron en la obligación de protegiendo a los niños *protegerse ellos mismos de lo que les daba miedo*. Resulta que, aunque aquellos “vivas y muera” los habíamos pronunciado en distintas ocasiones no habían sido nunca escuchados como si un tabú les rodeara. Se hicieron visibles en el último momento, antes de que la

⁸ “Si el título no estuviera ocupado por un lienzo de Dalí, cabría, en efecto, haber titulado la película *El gran masturbador*: nada definiría mejor esta actitud onanista hasta la santidad, onanista frente a la humanidad e incluso onanista ante la realidad” (Agustín Sánchez Vidal: *Luis Buñuel*, Ed. Cátedra, Madrid, 1999, p. 254).

⁹ Michel de Certeau: *La fábula mística. Siglos XVI –XVII*, Ed. Universidad Iberoamericana, México, 2004, p. 53.

inauguración los sancionara. Toda la polémica *dotó del más profundo sentido* a la obra. Muchas otras cosas quedarían ocultas, tachadas o desaparecidas. El artista acepto, junto al comisario, convertirse en mutilador “dialogante” de la textualidad de la obra. El colmo del mundo al revés, como cuando un león lleva su cena de dátiles a Simeón. En realidad, queríamos dar un lugar a los *impossibilia* o *adynata*: fenómenos extraordinarios¹⁰.

Estamos destrozados como al final de *Simón del desierto*, cuando el anacoreta pasa de la columna a la discoteca para sufrir, en el mutismo extremo, lo diabólico del baile, otra danza macabra¹¹. La locura es el modo de aislarse en la multitud, de la misma forma que el eremitismo era una búsqueda de la comunicación con el gran Otro en la soledad del desierto. Recordemos los viejos términos que designaban a los locos, idiotas y extravagantes: moroi, saloi y exechoumenoi. A nadie se le oculta que los anacoretas, esas “fieras de Dios” estaban en el límite de la delincuencia¹², como aquel Simeón de Emesa, otro demente-orante sirio que se había convertido en una suerte de fundamentalista cristiano y a la vez en un peligroso sin-Dios¹³; un desaliñado excéntrico que, según cuentan las crónicas, quería “derribar el edificio”.

¹⁰ Barthes recuerda que la antigua retórica, sobre todo de la Edad Media, comprendía una temática particular, la de las *impossibilia* (en griego *adynata*); el *adynaton* era un lugar común, un *topos* construido a partir de la idea del colmo: dos elementos naturalmente contrarios, enemigos (el buitre y la paloma), eran presentados viviendo pacíficamente juntos. Cfr. Roland Barthes: *Cómo vivir juntos. Notas de Cursos y Seminarios en el College de France, 1976-1977*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 75.

¹¹ “Se oyen los motores de un reactor mientras la columna da paso a las torres de los rascacielos de Manhattan y la cámara se detiene en el primer plano de una guitarra eléctrica en una discoteca del Greenwich Village neoyorquino, donde se baila animadamente. Esta última danza de la muerte se llama *Carne radioactiva*, y Simón la contempla taciturno desde su mesa aseadamente disfrazado de *beatnik*, mientras fuma en pipa. El grito simultáneo del saxofón y el diablo, que se suma gustoso al baile, ponen fin a la cinta” (Agustín Sánchez Vidal: *Luis Buñuel*, Ed. Cátedra, Madrid, 1999, p. 252).

¹² “Sólo mucho más tarde, estas “fieras de Dios”, que se verán asimiladas, en virtud misma de la radical marginalidad que adoptan, a la esfera de la delincuencia y comparados con la turba también solitaria de los fugitivos y salteadores, de los locos y de los suicidas, son reducidos a la dependencia de un cenobio comunitario” (Fernando R. de la Flor: *Locus eremus*, Ed. Regional Extremeña, Mérida, 1992, pp. 21-22).

¹³ “Entre esos locos destacaba en el siglo VI un personaje pintoresco, Simeón de Emesa (en Siria), salido de su soledad eremítica para desafiar a la ciudad: “Parto para burlarme del mundo”, decía. Según la *Historia eclesiástica* de Evagrio, se había ejercitado lo suficiente en el desierto para alcanzar la *apatheia* (impasibilidad) y para que todo le fuera permitido en Emesa donde se hace “el idiota” (salos). Vestido todavía con hábito monástico, “no duda en remangárselo y aun quitárselo delante de todo el mundo. Entra completamente desnudo en un baño de mujeres; besa en plena calle a niños y niñas; finge violar a una mujer casada en su misma aceptación; acepta sin protestar la acusación de haber seducido a una sirvienta. Llega incluso a entrar en un lupanar, donde se le ve a veces bailar abrazado con las prostitutas, a veces montarse en la espalda de una de ellas para hacerse fustigar por otra; y hasta se presta a sus juegos de manos... Se esfuerza en pasar por un mal cristiano así como por un ser de malas costumbres: siendo monje, adopta un desprecio total de los preceptos eclesiásticos. No pone los pies en la iglesia sino para perturbar la liturgia; escoge el Jueves Santo para atracarse

El deseo del idiota: hacer Desierto.

El idiota es el simple particular, el que no tiene patente oficial del saber teológico y de la función sagrada. Los que están ebrios “de lo que no han bebido”, ebrios de desear siguen *en la columna*. Desde allí podrían contemplar al caminante que siente la necesidad de ir más lejos, aunque sea a ninguna parte¹⁴. “Ningún sueño más radical que el que se expresa en esta fantasía montada sobre la aspiración de “hacer Desierto”, o, en otros términos, de “desertizar la vida”. Climax que tiene su parámetro teológico en ese San Simeón (llamado por efecto de ironía *el estilita*), que elige el Desierto para morir sobre la columna que atestigua –al modo de una tautología a la intemperie- la ruina del orden constructivo romano”¹⁵. Seguirá sorprendiéndonos, aunque nos narcotice el *reality show*, la olimpiada de la ascesis, una verdadera locura¹⁶. “Prepárate Simón –dice el demonio en forma de mujer tentadora- tenemos que hacer un largo viaje”. Pasa, por encima de la columna (el sitio precario desde el que, por decirlo en plan castizo, te puedes pegar la hostia padre) un avión. Luego el anacoreta aparece en una discoteca con cara de póquer. La danza frenética no va con él o acaso está esperando el momento para lanzarse a la pista. Que Dios nos pille confesados.

ostensiblemente de pasteles, y “como carne como un sin-Dios”” (Michel de Certeau: *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*, Ed. Universidad Iberoamericana, México, 2004, p. 54).

¹⁴ “El deseo crea un exceso, se excede, pasa y pierde los lugares. Obliga a ir más lejos, más allá. No habita en ninguna parte, al contrario, es habitado, dice Hadewijch, por “un noble yo no sé qué, ni esto, ni aquello, que nos conduce, nos introduce y nos absorbe en nuestro Origen”. De este espíritu de superación, seducido por un inaccesible origen o fin llamado Dios, parece que subsiste sobre todo, en la cultura contemporánea, el movimiento de partir sin cesar, como si, al no poder apoyarse más en la creencia en Dios, la experiencia guardara solamente la forma no el contenido de la mística tradicional” (Michel de Certeau: *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*, Ed. Universidad Iberoamericana, México, 2004, p. 352).

¹⁵ Fernando R. de la Flor: *Locus eremus*, Ed. Regional Extremeña, Mérida, 1992, p. 10.

¹⁶ Roland Barthes incluye, en sus lecciones sobre la vida eremítica una nota sobre Simeón el Estilita que merece ser reproducida como cierre de estas divagaciones: “*Simeón el Estilita* (hijo de un pastor, Siria y Cilicia: sudeste de Anatolia: 390-459). Furor de ascesis por autocuestionamiento: se entierra en un jardín, en una fosa hasta la cabeza, todo un verano: cuarenta días en una cueva sin luz (el monasterio intenta deshacerse de él). Se hace encerrar, hace cimentar su puerta: cuarenta días sin alimento. En 423, cerca de Antioquia: se instala en un pilar [*Stylos*: la columna], primero bajo, luego sucesivamente elevado; en 430: cuarenta codos (=veinte metros). En lo alto se hace colocar una balaustrada (y excita al Emperador contra los judíos). Suerte de *performance* deportiva en la ascesis: ¿quién se encerrará mejor, por más tiempo? Suerte de olimpiada de la ascesis: prueba de reclusión como de salto con garrocha. Institución del cenobitismo: limitar tales excesos, por la virtud benedictina por excelencia: la *discretio*. Cf. Dostoievski, en *Los Demonios*, habla de Elisabeth, loca por Cristo: vive en una especie de jaula desde hace diecisiete años, sin hablar con nadie, sin lavarse, sin peinarse” (Roland Barthes: *Cómo vivir juntos. Notas de Cursos y Seminarios en el College de France, 1976-1977*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, pp. 110-111).